

sor Juana hasta nuestros días, “exégesis de la exégesis”, como bien asienta la ensayista, incluso se llegó a expresar, por estas breves palabras del religioso polaco, “que Ketten dudaba que Sor Juana hubiera sido la autora del *Neptuno*” (p. 112).

Quisiera concluir mi reseña con el último texto de esta apasionante colección de ensayos: “Dorothy Schons y Cía.: las pioneras de la crítica sorjuanista”. Es comprensible que si uno de los temas fundamentales del libro es el planteamiento y las controversias sobre la femineidad de sor Juana, el estudio que lo concluya trate sobre la crítica que las mujeres han hecho acerca de la escritora barroca. De Schons y sus tres estudios fundamentales sobre la monja, declara Perelmuter: “Sus trabajos, ampliamente documentados, expresan juiciosa y objetivamente sus observaciones e investigaciones acerca de la vida y obra de nuestra autora” (p. 138). Sus estudios no dejaron de despertar polémica y antagonismo entre algunos intelectuales mexicanos por ejemplo en el ultra conservador Alfonso Junco y en el destacado editor de sor Juana, el padre Alfonso Méndez Planearte, quien: “aunque reconoce los méritos de los estudios bibliográficos de la escritora, sigue apoyando años después la opinión de Junco, caracterizando las apreciaciones de Schons de «fantaseos antijesuíticos y antiinquisitoriales»” (p. 139). A esta destacada estudiosa, fundacional en la crítica femenina le han sucedido una cauda enorme de investigadoras y poetas, como Gabriela Mistral. Hasta nuestros días hay otras muchas de primera línea como la propia autora, quien con sus perspicaces y bien cimentados juicios críticos ofrece uno de los libros más sólidos y creativos sobre el enigma siempre inacabable que se cifra en la persona y la obra del Fénix de México.

MARÍA DOLORES BRAVO ARRIAGA
Universidad Nacional Autónoma de México

SABINE SCHLICKERS, *El lado oscuro de la modernización: estudios sobre la novela naturalista hispanoamericana*. Vervuert-Iberoamericana, Frankfurt/M.-Madrid, 2003; 428 pp. (*Historia y Crítica de la Literatura*, 31).

La vieja polémica en torno a si existió la novela naturalista en Hispanoamérica parece revivir ahora con *El lado oscuro de la modernización*, pero también con el libro de Manuel Prendes, *La novela naturalista hispanoamericana. Evolución y direcciones de un proceso narrativo* (Cátedra, Madrid, 2003; al que dediqué una reseña en esta revista dos números atrás), y antes, desde luego, con el de Gabriela Nouzeilles, *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo*

(*Argentina 1880-1910*) (Beatriz Viterbo, Rosario, 2000)¹. Las propuestas de estos tres críticos son serias, bien documentadas y razonadas y responden, más que a una simple coincidencia, a un fenómeno explicable. El estado de la investigación en torno a la novela naturalista sufría males graves: un *corpus* sin organización, poco leído; un modelo difuso y contradictorio; una apropiación del modelo apenas considerada y una recepción, por parte de los contemporáneos, casi desconocida.

Aunque la opinión de los escritores del período con respecto al método naturalista, y las objeciones que a él hicieron, justificaron durante mucho tiempo la duda², las excepciones son, justamente, el rastro de apropiación que auxilia a Schlickers para determinar el naturalismo hispanoamericano. En abono de la pertinencia de su trabajo, la autora señala que, aunque en Argentina se produjeron cerca de 150 novelas naturalistas entre 1880 y 1899, lo cual dio buena cantidad de estudios, hacía falta uno que considerara la obra naturalista hispanoamericana en su conjunto. Su estudio intenta salvar esta deficiencia procediendo, además, de modo contrario a como lo han hecho sus antecesores: no rastrea las huellas distintivas del naturalismo francés “con el fin de hacer patente las marcas del naturalismo hispanoamericano, error de procedimiento en el cual cayó la mayoría de la investigación, puesto que llega siempre al resultado de que el naturalismo hispanoamericano es muy inferior o que ni siquiera había existido. Se trata, por el contrario, de reconstruir las marcas distintivas del naturalismo hispanoamericano y analizar sus distintas concreciones novelísticas sobre el trasfondo de la recepción del naturalismo francés en Hispanoamérica” (p. 57).

La propuesta de estudio que ofrece *El lado oscuro de la modernización* es muy atractiva: acercarse a las novelas naturalistas hispanoame-

¹ Que fuera, en 1994, tesis de doctorado por la Universidad de Michigan: *El romance patológico: naturalismo, medicina y nacionalismo en Argentina (1880-1910)*.

² Por ejemplo, en su momento, los escritores mexicanos debatieron al respecto. Es curioso observar que las objeciones que opusieron al realismo-naturalista fueron muy similares a las que más tarde enfrentaron al decadentismo. JOHN S. BRUSHWOOD se detiene a leer lo que estos escritores entendieron por realismo y naturalismo y su revisión ofrece ideas sugerentes. Gracias a esta lectura, el crítico establece cuatro excepciones que los mexicanos aplicaron al nuevo método: “1) los límites de la realidad; 2) el buen gusto; 3) el desarrollo narrativo, 4) el propósito didáctico” (“Lo que los mexicanos entienden por realismo y naturalismo”, en *Una especial elegancia. Narrativa mexicana del porfiriato*, UNAM, México, 1998, p. 64). Debajo de estas objeciones está la necesidad de representar el lado espiritual del ser humano, la obligatoriedad del escritor de evitar al lector escenas ofensivas –posición con la que establecían una idea estética común–, la idea de que la estructura de la novela debía mantener la atención del lector –observando no un ritmo e intensidad inalterados, sino un climax y un desenlace atractivos–, y un propósito didáctico –definitorio de la narrativa mexicana desde el romanticismo (cf. *ibid.*, pp. 64-66).

ricanas sustituyendo la perspectiva ideológica por lo que la autora llama el “enfoque institucional”. El propósito de esta idea, que Schlickers a su vez toma prestada de la obra de Gabriela Nouzeilles, es analizar “las novelas naturalistas argentinas dentro de su contexto histórico, vinculándolas con las instituciones de la crítica e historia literarias y las ideas estéticas y científicas vigentes” (p. 14). Así, la autora se dedica a rastrear la recepción del naturalismo francés (que no reconoce únicamente en Zola, sino también en los hermanos Goncourt e incluso en Flaubert) en la novela naturalista hispanoamericana con atención a la diversidad de condiciones sociales, políticas e históricas entre los dos continentes.

Se trata de un estudio muy apuntalado, documentado de manera extensa, que se cuida de acotar cada término que usa —a veces, me parece, incluso hasta el exceso— y que permanece fiel a un método muy específico, bien definido desde el principio. Lo que Schlickers hace, en suma, es establecer los principios que se pueden alcanzar de la lectura de las novelas de Zola, conocidas como “experimentales” (en particular el ciclo de *Les Rougon-Macquart*), y de lo que llama los metatextos, es decir los escritos en que Zola —o los hermanos Goncourt en el prefacio a *Germinie Lacerteux*, por ejemplo—, asienta una idea teórica con respecto a sus afanes estéticos. Una vez fijados estos fundamentos modélicos (entre los que no tiene que haber una correspondencia absoluta con las obras literarias, como bien señala Schlickers), se analiza un *corpus* extensísimo de novelas en un orden cronológico y temático para, finalmente, “reconstruir y explicar el devenir histórico de la novela naturalista hispanoamericana y caracterizar sus vertientes dominantes en su conjunto” (p. 25).

Así, tras una Introducción en la que establece el estado de la investigación sobre la novela naturalista y propone el asunto central de su texto y los principios teóricos y metodológicos que lo guiarán (pp. 11-25), nos acercamos a la constitución del modelo francés en sus dos vertientes: la práctica y la teórica; es decir, las novelas y lo que sus autores afirmaban que eran sus textos, en específico, o su literatura, en general (cap. 2, “Un modelo inmediato y lejano: el naturalismo francés”, pp. 27-51). En el cap. 3 (“El naturalismo hispanoamericano”, pp. 53-130), Schlickers repasa la recepción de este modelo en Hispanoamérica. Asimismo, se dedica a precisar las condiciones sociales, políticas e históricas, sobre todo de Argentina (dado que se trata del país que más novelas de índole naturalista produjo), pero también de Uruguay, aunque echa una mirada, muy breve, por cierto, a otros países del continente, en donde trata México, Brasil, Perú, Puerto Rico, Cuba y Chile, fundamentalmente.

El cap. 4 (“La novela naturalista hispanoamericana”, pp. 131-369), sin duda el más extenso, es el meollo del libro y donde está su riqueza. Es una suerte de reseña de novelas, individualizada, ordena-

das todas, como dije antes, de un modo a la vez cronológico y temático. Schlickers parte de 1884, con Argerich y su *Inocentes o culpables*, y termina en 1908, con Orrego Luco y su *Casa grande*. Desde luego, Gernuchoff y *Los gauchos judíos* es la novela más tardía que ocupa su estudio (1910), pero su análisis precede al de Orrego Luco.

Con respecto a los temas, el estudio va del determinismo biológico al del ambiente, para terminar con la fusión del naturalismo hispanoamericano con otras corrientes literarias (analiza novelas de inmigrantes, casos psicopatológicos, neurosis materialista, furor sexual, novela naturalista-criollista y posmodernista-naturalista). Schlickers elabora y reúne, para este apartado, cerca de sesenta reseñas, casi todas ellas sobre novelistas argentinos. El valor de esta sección es que la autora logra ordenar el gran *corpus* naturalista hispanoamericano y darle un sentido no sólo temporal sino también temático. En cada una de las reseñas, Schlickers sigue un mismo procedimiento: fija primero las coordenadas temporales de aparición del texto que analiza, pasa, después, si los hay, a los metatextos de los autores de estas novelas (que encuentra en muchos casos); para, tras un breve examen estructural y temático del texto (en el que se demuestra, también casi siempre, una constante en todos ellos: la no correspondencia entre el metatexto y el texto) repasar la recepción de cada novela en el momento de su aparición. A su análisis le sirve de trasfondo el modelo genérico francés que ha asentado en el cap. 2: muchos son los casos en los que alguna novela del ciclo de *Les Rougon Macquart* es explícitamente referida en las novelas; muchos otros lo hacen de manera implícita, es decir, en ellas opera como hipotexto. El análisis ensayado, aunque breve, toca los puntos fundamentales que exige el acercamiento cuidadoso a cualquier novela, y consigue determinar rasgos, verificables, y hallar singularidades en los propios textos (con ello demuestra también la validez de su ubicación en el sistema que propone) y en el conjunto, sistematizado ahora, de la novela naturalista hispanoamericana. Ese es, me parece, el valor de *El lado oscuro de la modernización*. La autora propone, con este examen, una idea muy sugerente: si bien la novela naturalista hispanoamericana “mantiene una relación hipertextual con el naturalismo francés, sobre todo con las novelas de Zola... crea una novelística que se apropia del contexto histórico-social propio, por lo que la supuesta aculturación y el presunto status de epígono” (pp. 374-375) deben revalorarse y dirigirse hacia la idea de la transculturación.

Schlickers brinda, para terminar, unas conclusiones puntuales y útiles, dado que la información que ofrece parece inabarcable (pp. 371-387), y una bibliografía extensa (pp. 389-428). Hay, detrás de este estudio, un trabajo documental, de lectura y análisis de textos (por no decir, además, de su localización, compleja en ciertos casos) vastísimo. Salvo la división silábica fallida, constante en el libro, *El*

lado oscuro de la modernización se lee, si no con facilidad, pues los conceptos que propone y el estilo en el que lo hace no son de ningún modo sencillos, sí con provecho.

La pregunta que dio origen a la polémica tiene que variar radicalmente tras la lectura de *El lado oscuro de la modernización*: no se trata de definir si existió novela naturalista en Hispanoamérica, sino de determinar cómo se verificó el naturalismo en la literatura hispanoamericana, devolviéndole, de este modo, su sitio en la historia e historiografía literarias del continente (o, como propone Schlickers, otorgándole un nuevo sitio por completo).

YLIANA RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

El Colegio de México

ANA CAIRO, *José Martí y la novela de la cultura cubana*. Universidad, Santiago de Compostela, 2003. (*Biblioteca de la Cátedra de Cultura Cubana Alejo Carpentier*, 3).

Hay estudios que se concentran en un microcosmos y profundizan en él; hay otros que exploran un macrocosmos y documentan los contextos de un fenómeno o tema. El libro de Ana Cairo es de la segunda especie, pues la autora se propone investigar el ambiente cultural en que se formó y desarrolló José Martí. Publicado por la Universidad de Santiago de Compostela y auspiciado por la Cátedra de Cultura Cubana "Alejo Carpentier", el libro titulado *José Martí y la novela de la cultura cubana* explora en tres amplios capítulos las influencias intelectuales del mártir cubano; trata, además, de los principales compañeros con quienes Martí compartió sus ideas políticas y estéticas.

En el primer capítulo, "La novela de los intelectuales cubanos", Ana Cairo indica desde el título la orientación de sus indagaciones, ya que "novela" remite al relato de las acciones de los intelectuales "protagonistas" del episodio de la Independencia cubana. Es de subrayar que la autora literalmente "sigue la pista" de algunas personalidades poco conocidas. De algún modo, se intenta en este libro trazar la biografía intelectual de José Martí tratando de reconstruir aspectos tanto públicos como privados para comprender el pensamiento político y estético del gran intelectual cubano.

Ana Cairo se impone la ardua tarea de documentar las fuentes y las repercusiones del legado de José Martí (1853-1895), al cumplirse 150 años de su nacimiento. Hay que aclarar que la autora contrapuntea la exégesis de los textos martianos con la de obras de otros autores, pues va en búsqueda del "linaje cultural" y de la "familia extendida" de la cual Martí se sabía parte. Esta manera de proceder